



Platero y yo: búsqueda de la individualidad

En los últimos años del siglo XIX, surge un fenómeno denominado por la crítica como «crisis de la conciencia occidental». Los hombres de la etapa finisecular, sobre todo los autores jóvenes, sienten una necesidad de renovar el pensamiento, de escrudiñar los principios defendidos por las generaciones anteriores a ellos; y de, por tanto, aunar esfuerzos para la creación de una nueva época poseedora de un arte revitalizado.

Estas preocupaciones artísticas y espirituales sustentan y promueven los dos movimientos con los que España da comienzo a la literatura contemporánea: la «generación del 98» y «la escuela modernista». De esta última forman parte figuras destacadas de las letras, como es el caso de Antonio y Manuel Machado, Francisco Villaespesa, Valle Inclán y el propio Juan Ramón Jiménez.

El modernismo cultivado por estos escritores se caracterizó por la amalgama del estilo español y el hispanoamericano, pues la tendencia primigenia surge en América con intelectuales como Julián del Casal, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva. El campo literario en el que prolifera es el de la lírica, aunque también penetra la narrativa. Este es el caso de Valle Inclán, prosista por excelencia, y de Juan Ramón, creador de una de las obras clásicas de la literatura española: *Platero y yo*.

El autor andaluz nació el 23 de diciembre de 1881 en Moguer, provincia de Huelva, y falleció en San Juan, Puerto Rico, un 29 de mayo de 1958. Fue merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1956, lo que es un correlato indiscutible de la fecundidad de su labor escritural.

Desde edad temprana se manifiesta su inclinación por la poesía. Sus primeros versos están recogidos en el semanario *Vida Nueva*, donde publica con quince años.

Los libros iniciales de Juan Ramón, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, verán la luz en 1900. En estas piezas de adolescencia no es notoria la influencia del modernismo, pues el vínculo está establecido aún con la poética de fines del siglo XIX. Es a partir de obras como *Arias tristes* (1903) que aquel se hace perceptible.

Este seguimiento de la escuela modernista no abarca toda su producción literaria, sino que es considerado por la crítica como una primera etapa creativa que culmina en 1916. A partir de aquí, Juan Ramón sigue derroteros artísticos más individuales, se empeña en la búsqueda de la expresión precisa y depurada. El autor concibe, como parte del *segundo núcleo*, un número considerable de obras líricas y narrativas, que superan la cifra de treinta.

Platero y yo forma parte de los textos en prosa de corte modernista del escritor. Es por este motivo que, en el análisis siguiente, se hará referencia a determinadas características que evidencian su vínculo con la tendencia.

Juan Ramón Jiménez comienza escribir este libro en el año 1906, y no lo publica de forma completa hasta 1917. Alcanzó gran aceptación muy pronto, de modo que en 1920 se tomó como material de lectura escolar. Este dato, hace pensar que es una obra dedicada a un público infantil, cuando realmente no es así. *Platero y yo* está dirigido a todas las edades, justo como hoy día se consideran que lo están *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry y *Corazón*, de Edmundo de Amicis, ambos clásicos de la literatura universal.

Las justificaciones de este argumento pueden ser dos. La primera, es que el propio escritor lo deja explícito en un preliminar de la obra: «*Este breve libro (...) estaba escrito para... ¡qué sé yo para quién!*». La segunda, es que en *Platero y yo* existen varios niveles de lectura. La obra está contada de forma sencilla, de modo que el infante puede comprender fácilmente lo que sucede. Paradójicamente, esta imagen de transparencia estilística encubre un tratamiento de temas elevados, de índole social y económico, que solo es percibido por los adultos. Un ejemplo clave es el capítulo XXIV, en el que el narrador en primera persona critica la hipocresía del cura don José. Bajo su posición de dignatario eclesiástico, este hombre esconde una vil actitud: lanza piedras y maldiciones a los niños que le roban naranjas.

Por otra parte, *Platero y yo* es un texto que narra, en forma de autobiografía ficticia, las experiencias juveniles e infantiles de un personaje, denominado igual que el autor, en el ambiente rural de Moguer. Este se encuentra acompañado por Platero, peculiar burrito que, además, de participar en muchos de los hechos presentados, es el destinatario directo de las confesiones y reflexiones de la voz protagonista.

La obra está compuesta por ciento treinta y ocho capítulos, que son en realidad breves narraciones poéticas que no llegan a dos páginas. Es imposible considerarlas como la sucesión de partes que integran una historia lineal, debido a que pueden clasificarse, acorde a los temas que encierran, de forma distintas. Así, podemos encontrar episodios o

memorias en las que el personaje principal y Platero intervienen; digresiones morales dedicadas al burro y otras en las que ni siquiera se le menciona, y descripciones de la naturaleza campestre del pueblo en que transcurre la acción.

Es importante mencionar que los capítulos se hallan hilvanados por la presencia en todos del narrador como personaje o simplemente de su voz. Además, estos no se encuentran ordenados de forma cronológica. El autor juega libremente con las nociones temporales. Sin embargo, en el texto se destaca la presencia de las cuatro estaciones del año. Partiendo de esto podríamos organizar las narraciones de la siguiente forma:

- I-XXIV: Parte introductoria donde se presenta a Platero.
- XXV- LXIV: Narraciones enmarcadas en la etapa primaveral.
- LXV-LXXXIV: Presencia del verano.
- LXXXV-CXVII: Presencia del otoño.
- CXVIII-CXXXVIII: Parte que culmina con la muerte de Platero y la soledad del protagonista, que anida en su alma la esperanza de que su fiel compañero siga vivo en la naturaleza.

En cuanto a las temáticas abordadas, ya se ha adelantado que en la obra se polemiza acerca de determinadas cuestiones de tipo social y económico. El protagonista de *Platero y yo* hace referencia, entre varias cosas, a la pobreza de la gente de pueblo, y las enfermedades y la muerte que de esta pueden derivar; al maltrato y asesinato injustificado de animales (como el de la yegua blanca y el perrito sarnoso), y a la hipocresía y vileza encarnadas en algunos personajes.

Estas interiorizaciones del narrador evidencian que se trata de un texto de tipo filosófico y que el personaje principal asume ante la vida una perspectiva sumamente individual y ajena a la del resto del mundo del campo. El Juan Ramón literario es un poeta de gran sensibilidad que detesta las injusticias que comete el hombre, por eso siente un mayor apego hacia los animales. Las actividades comunes de la ruralidad, como la castración de un potro, son presentadas y sentidas por él de un modo

excepcional. Su mejor amigo es un burro, que lo acompaña en todas sus empresas. Considera a Platero un ser puro que sería incapaz de decepcionar a su dueño. El asno es el único que integra su cosmos cerrado, es su único interlocutor. Por tanto, ambos personajes constituyen un universo aislado al del pueblo de Moguer; solitario en cierto punto, pero dotado también de una comunicación especial: la de las miradas («De vez en cuando, Platero deja de comer y me mira... Yo, de vez en cuando, dejo de leer, y miro a Platero»).

El burrito va más allá de ser la figura con la que dialoga el protagonista. Su carácter y aspecto están también delimitados como contradictorios frente al coro de voces equivalentes del pueblo de Moguer. Platero no es un asno tosco, bruto, feo; sino un cuadrúpedo sensible, inocente, amistoso con los niños, y poseedor de una suavidad externa que contrasta con el negro penetrante de sus ojos. El narrador lo personifica y le atribuye manos. Esto no tiene que ser interpretado completamente como un intento de humanizar al animal, pues el protagonista establece límites entre ambas especies. Solo él es capaz de comprender el verdadero valor de un burro, el resto de los hombres lo ridiculizan hasta en los diccionarios. Comparar a su amigo con estos seres repulsivos, sería negarle todos sus aspectos positivos.

Debido a las razones esgrimidas, podría decirse que el escritor pretende implícitamente, con su representación, revalorizar la figura del burro y acentuar la marcada individualidad de la obra, evidente incluso a nivel de título.

Por último, se hará referencia a recursos expresivos empleados por Juan Ramón Jiménez en la creación de *Platero y yo*, y se vincularán algunos con las características de la tendencia literaria modernista.

La obra, como se ha mencionado, es una narración poética, de ahí que aparezcan muchas figuras estilísticas encaminadas a sublimar y a embellecer lo que se está contando.

Metáforas: «un almendro inmenso, niveo de flor y de luna».

Hipérboles: «Platero es (...) tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos».

Símiles: «la soledad como un gran pensamiento de luz».

Las descripciones de la naturaleza que rodea al pueblo de Moguer cuentan, por su parte, con un alto valor lírico. En ellas, el escritor resalta el valor cromático de los elementos («La noche cae, morada. Vagas claridades malvas y verdes perduran tras la torre de la iglesia») y enuncia las sensaciones que le transmite la observación de estos («Frente al cielo inmenso y puro, (...) mis ojos (...) se abren noblemente, recibiendo (...) esa serenidad (...) divina que viene en el sin fin del horizonte...»). Ambos aspectos son típicamente modernistas. Los autores que siguen la escuela no pretendían presentar y caracterizar las cosas de manera objetiva, sino que buscaban hacerlo de forma sutil y con gran delicadeza.

Platero y yo es una obra poética de corte modernista escrita por Juan Ramón Jiménez, quien logra, a través de un enfoque individualista y de un lenguaje de gran poder expresivo, representar temáticas de índole social y económico. Es por estas razones, que el libro puede considerarse un clásico no solo de la literatura española, sino también de la universal.

LEDA ESTRADA